

se llama una lección de cine. Alfred Hitchcock, astuto manejador de técnicas y oficios, sabio conocedor de las secretas aspiraciones de sus espectadores, hábil para combinar el terror y el humor (en el fondo, Hitchcock es un gran humorista), con su saber utilizar un decorado y unos personajes incrustándolos en él, haciendo tangible la soterrada situación ambiental, su instintiva agudeza que le permite descubrir para la cámara aquellos desplazamientos únicos que sirven a su historia, son, entre otras muchas cosas, las virtudes esenciales de este ya clásico maestro del cine.

Pero "Rebeca" es, además, un juego que se cierra en sí mismo y que no trasciende al exterior más que en una retorcida búsqueda de claves imprecisas. Los ligeros apuntes descriptivos de una sociedad son absorbidos por la truculenta puesta en escena que Hitchcock forzó intencionalmente tratando de encontrar en esta su primera película americana la seguridad que le ofrecería un éxito en Hollywood.

Es difícil evitar la risa ante el arcaísmo fascinante de las miraditas de Joan Fontaine, el suicidio de Judith Anderson, el final feliz o el castigo que sufre George Sanders. ■ DIEGO GALAN.

**FERNANDO LARA,
PRESIDENTE
DE JOVEN CRITICA**

En su última Asamblea General, «Joven Crítica Cinematográfica» eligió como presidente a nuestro compañero Fernando Lara, quien, desde hace varias semanas, viene escribiendo —junto con Diego Galán— los comentarios sobre cine. Los restantes componentes de la Junta Directiva son Lorenzo Soler, José Samano, Teodoro Calderón, Miguel Buñuel, Miguel Porter-Moix, Francisco Betría, Joaquín Romaguera, Eduardo Clerco y Ramón Saldías. Director gerente: Gabriel Moralejo.

JAZZ

La muerte de Johnny Hodges

El saxofón es un instrumento tardío y discutido en el «jazz». Hacia los años veinte se utilizaba para el «jazz» de imitación, para el baile en los hoteles distinguidos y los restaurantes de moda. En Nueva Orleans no hubo saxofonistas. Fue admitido a partir de los años treinta. Sidney Bechet fue el gran maestro del saxo soprano, que no parecía ser más que una variedad del clarinete. Tuvo un discípulo que se empeñó en tocar un instrumento maldito dentro de la familia maldita de los saxofones, el saxo alto. Fue Johnny Hodges, que acaba de morir en la consulta de un dentista de Nueva York, víctima de un ataque cardíaco.

Un músico de «jazz» es importante si crea un sonido, y hubo un «Hodges-sound», un «sonido Hodges». Al mismo tiempo, la calidad de un solista se mide por la posibilidad de dar a su instrumento

Bird; Johnny Hodges, «The Rabbit», y es una tontería compararlos. Parker fue un músico tsuigráfico, urgente, febril, atormentado, y Johnny Hodges ha sido lento, melódico, ligado, cálido, humano. Hay quien dice que el sonido de Hodges en el saxo alto no se ha igualado jamás.

«El Conejo» —su cara, su sonrisa eran realmente conejiles— fue discípulo, en Nueva York, de Bechet, y metió su saxo alto en algunas formaciones a partir de 1925, cuando tenía diecinueve años —los «jazzmen» suelen ser niños prodigio; Johnny Hodges había nacido en Cambridge, Massachusetts, en 1906—, hasta que en 1928 entró en la de Duke Ellington. Estaba aún en ella, con el intervalo de una pequeña separación. Johnny Hodges era, pues, un «ellingtoniano». En la orquesta del gran Duke Ellington suele suceder eso: quienes entran no suelen salir jamás, y si salen regresan, como si fuera de ella no encontrasen aire suficiente para respirar. Johnny Hodges, brilló en ella como un excelente solista, como un increíble, inspirado improvisador. Una gran parte del tono africano de Ellington se debe a Hodges, a su sonido, que se ha llamado «tropical» o de «jungla». Con músicos de la orquesta de Ellington ha



la flexibilidad y la expresividad de la voz humana (invertidamente, un vocalista de «jazz» contará si su voz puede tener la gama y la agilidad de un instrumento). Con el saxo alto parecía imposible hasta la llegada de Johnny Hodges. Tuvo discípulos, seguidores, imitadores, pero nadie le igualó. Reinó en el saxo alto hasta la aparición de Charlie Parker. «El Pájaro» arrebató el cetro a «El Conejo» (Charlie Parker, «The

formado pequeños combos —como orquestas dentro de la orquesta— y dicen que en ellos se ha conservado mejor que en la orquesta grande el espíritu de Ellington, el «Ellington spirit». Ha habido críticos que han dicho que «Hodges hace nacer un clima de una melancolía casi dolorosa con, a pesar de todo, una vaga frescura, alcanzando el gran arte a pesar de la simplicidad de los medios» (Lucien Malson); que hay en él

«algo de cálido y sombrío, una especie de euforia inmóvil y tropical» (J. E. Berendt); que tocaba «con mano de hierro en guante de terciopelo». En una encuesta de «Down Beat», en 1965, aún ocupaba el primer lugar de los saxofonistas. Después de cuarenta años de músico, en un mundo de aficiones cambiantes y de consumo acelerado, es un signo importante.

Johnny Hodges acababa de regresar a Nueva York después de una «tournée» con Duke Ellington por Asia. Deja al morir dos hijos y una esposa: Ethel «Cue» Hodges, compañera en la vida y en la música, colaboradora de algunas de sus composiciones. Y deja un nombre histórico en la leyenda del «Jazz».

CANCION

**Juan Talega:
Homenaje
en el teatro
de la Zarzuela,
de Madrid**

El pasado día 22 de mayo, algunos grandes del cante grande van a rendirle un homenaje, en el teatro de la Zarzuela, de Madrid, a ese misterioso monumento vivo que es Juan Talega. Es que va a cumplir ochenta años. Es que quieren sus amigos y sus devotos asegurarle a ese hombre una decorosa ancianidad para que pueda continuar en ella el decoro con que ha llevado toda su vida de no profesional del cante. Los organizadores de este homenaje, Pepe Caballero Bonald, Francisco Moreno Galván, Manolo Rivera, Antonio Mairena, Pepe Menese, etcétera, querían anuar, en ese acto, la solemnidad que merece la glorificación de ese artista con la eficacia.

¿Podrá cantar Juan Talega la noche de su homenaje en la Zarzuela? Todo depende de las posibilidades físicas de ese hombre que ahora va a cumplir ochenta años. Quienes hemos tenido la fortuna de oírle, ya en su gloriosa senectud, sabemos la emoción que puede arrastrar la voz dura y terrible del siguirille-ro. Pero ya es hermoso eso

de presentarle en Madrid, aun cuando no cante, para representar todo eso que él representa: la pureza, la voz sombría de los padres desaparecidos, el hilo matriz que une el pasado con el presente...

Juan Talega ha vivido casi siempre, con muy pocas interrupciones, en su pueblo natal, Dos Hermanas, en las cercanías de Sevilla, y ha vivido no del cante, sino del trato



de caballerías. Vivir en Dos Hermanas era como vivir en Sevilla, en Triana, ese centro de la cultura jonda y fraguera donde se configuraron los cantes por «tonás» —Los cantes de fragua, de palo seco, sin guitarra—, como la debía, la carcelera y, sobre todo, el martinete. Por ejemplo, el martinete que cantaba Juan Talega llegaba a nosotros directamente del martinete de Tío Juan Pelao y de la familia de los Cagancho, entre cuyos últimos vástagos estaba el torero, todos herreros y siguirilleros martineteros.

De Triana le llegaba también el magisterio de su imponderable «solear». De Triana, y de Alcalá de Guadaíra (la «Alcalá de los Panaeros», que dice la gente de la tierra), la «soleá de Alcalá», y de Utrera, la «solear de la Sarneta»... Juan Fernández —más conocido por Juan Talega, su verdadero nombre, pues es el nombre que le ha dado el pueblo— era hijo de Agustín Fernández, es decir, de Agustín Talega. De su padre heredó el magisterio de todo. Se sabe que en casa del padre de Juan vivió algún tiempo Tomás el Nitri, por ejemplo. Y a través de ese magisterio paterno, los cantes de Juan enlazan con los del Loco Mateo, y además con todos los cantes de Triana, fundamentalmente con los de la